



## VERDI.

**E**L grande, el ilustre, el venerado Maestro, acaba de morir! Tristísima que, con su rudo laconismo, nos ha transmitido el cable, y que repercutirá dolorosamente, no sólo en el corazón de los artistas, sino en el de la humanidad entera, que tanto ha vibrado y sentido bajo el influjo de la poderosa inspiración del compositor. Alguien ha dicho que Verdi era, ante todo, acreedor á la gratitud de esa humanidad, y tal afirmación es de todo punto exacta. Gratitud se debe al profundo genio que, como pocos, hizo palpitar millares de almas, derramar torrentes de lágrimas y despertar, en fuerza de arte, las más vivas emociones estéticas, lo mismo en el docto que en el inculto, en el músico que en el profano, en el erudito musical como en el

analfabeta; gratitud inmensa, tanto los que saborearon con deleite los frutos de su inspiración indeclinable, como los innumerables, que pueden llamarse legión, que vieron en ella un modelo y un ejemplo, y pretendieron seguir sus huellas; gratitud, los artistas que han vivido por sus obras, que vivirán aún por ellas, y disfrutaron y disfrutarán de los goces del triunfo; gratitud, en fin, los pobres, los desvalidos, los inválidos de la fortuna, á quienes cobijó siempre con su gran alma de altruista, y quienes, merced á él, tienen hoy techo y pan asegurados.

\* \* \*

Vanagloriábase Italia de poseer al grande hombre con el mismo orgullo con que, en medio de una fatal decadencia, se vanagloria de poseer sus tesoros de arte, sus ricos museos, sus majestuosos monumentos, sus históricas ruinas, y tantos y tantos recuerdos que ella sola puede ostentar. Y la razón es obvia: Verdi era una de sus glorias más puras; era el prototipo del artista noble y alto; un ejemplo único quizás en la historia del arte; una organización extraordinaria que marchó siempre en progresión ascendente hacia el progreso y el perfeccionamiento, sin acusar el



natural ocaso, y una personalidad excepcional que, no solamente fué el trofeo de victoria del arte italiano, sino el animoso campeón que, ya octogenario, inspiróle nueva vida y abrióle amplias vías para lo porvenir. Verdi no desmayó jamás; su carácter enérgico y ávido de progreso, se acusa desde que dió principio á sus estudios, siendo el humilde hijo del hostelero de Roncole, hasta que conquistó el nombre de «Maestro,» y quiso acrisolarlo, recorriendo el Calvario del compositor, llegando á su cúspide, sin rematar el sacrificio, sino á la inmortalidad. Y ¡vaya si la conquistó el anciano, cuando sus últimos años fueron de dulce y consolador apoteosis!

Por eso Verdi no será de aquellos cuyos méritos agiganta y acrece la muerte; estaba ya juzgado, era inmortal viviendo, y su muerte no producirá más que dolor, dolor inmenso, mas no mengua ni alteración en pró ni en contra de su valor artístico.

Era tanta la gloria de que disfrutaba, y tantos los homenajes que se le rendían, que el maestro había llegado casi á la indiferencia. Su actitud era glacial aún en el triunfo, y huía modestamente y como despavorido de las constantes manifestaciones de admiración de que era objeto por doquiera. ¡Cuántas veces indicó públicamente que sólo ambicionaba la tranquilidad y el descanso, el descanso, ¡ay! que el destino ha querido concederle hoy!



Hace pocos meses referíame en Milán, el inspirado compositor Giordano, algunas anécdotas sobre el particular, y me ponderaba el vigor físico y la espléndida salud de Verdi.

—«Si le hubiera vd. visto al partir para los baños de Montecatini,—decíame,—habría quedado sorprendido, como quedamos nosotros, al observar su correcta «*tenue*,» sus casi coquetos ademanes, su excelente humor que nos autorizó á bromear un instante con él.»

¡Ay! algo habría dado entonces, y hoy mucho más, por haber podido contemplar al ilustre maestro á quien rendí homenaje desde mi niñez, el homenaje de una ilimitada admiración, y por haber tenido el orgullo de estrechar su gloriosa mano. . . .

Ahora, ¡todo ha concluído! del hombre no quedan más que sus inmortales obras y una gran memoria.

La muerte ha segado una de las más gloriosas existencias en el mundo del arte, su patria, esa Italia á la que tanto adoró, está de duelo, llora una pérdida irreparable; ¡pero no está sola, puedo afirmarlo sin vacilar, acompaña-la centenares de miles de corazones, y más aún, creo escuchar un gemido inmenso de toda esa humanidad á la que emocionó con su privilegiada inspira-



ción, y que hoy le rinde un homenaje de gratitud y amor!

No hay más que inclinarse ante lo irremediable, ya que no pudimos encararnos con la implacable destructora, y clamar, parodiando al personaje de Shakespeare:

«¡No hieras, no hieras todavía!»

Por lo demás, el destino fué magnánimo con el anciano, satisfaciendo su constante deseo: anhelaba el descanso, y helo ahí, ¡reposa ya!

Febrero 15 de 1901.



## EL ARTE EN MÉXICO.



CABO de leer un interesante artículo en *El Mundo*. Su autor—cuyo nombre trasluzco—titúlalo: *La felicidad y el arte*, y ocúpase en él, con elocuentes palabras, de pintar á grandes rasgos las angustias sufridas por los compositores para conquistar un nombre glorioso, y los mil tormentos y vicisitudes que deben arrostrar al poner sus obras en manos de intérpretes de todas clases y categorías, y sujetarlas al fallo del público, casi siempre inapelable.

No puedo resistir al deseo de transcribir algunos párrafos del referido artículo, para comentarlos en seguida y fijar, ya que viene al caso, cuál es la situación del arte y de los artistas en México.